

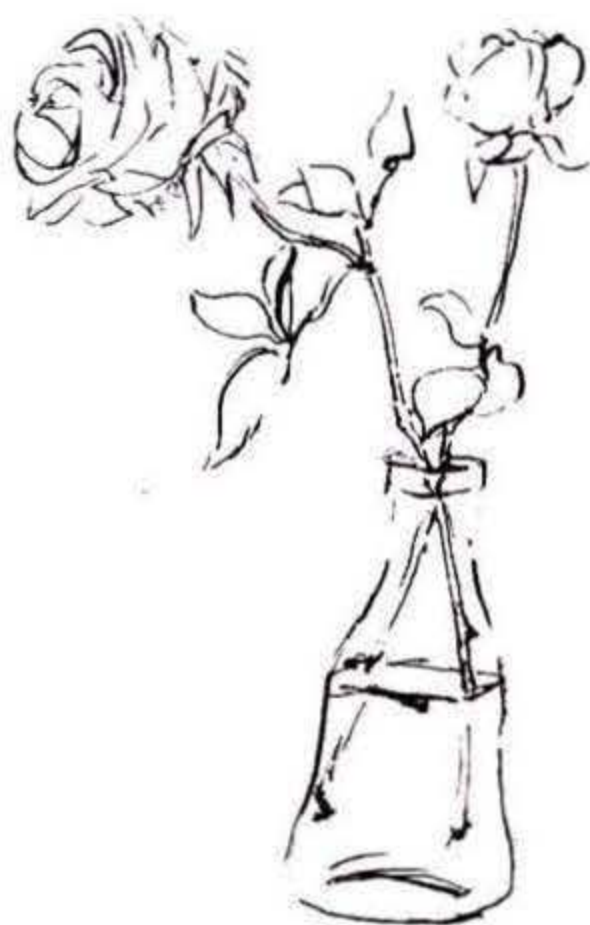
Vélez, en su aventura reflexiva por el género. Aunque sé que los consejos literarios están condenados al fracaso y que el minigénero de la consejística literaria no existe, voy a sintetizar más que "consejos o reglamentos" unas pistas metodológicas que el texto ensayístico exige.

Decálogo para una didáctica del ensayo

1. Si el objetivo del maestro consiste en medir el nivel de conocimientos del estudiante, el ensayo como forma elevada de *argumentación* resulta una prueba improcedente. (Pág. 62).
2. A esta suerte de escritura que es el ensayo, sólo logra acceder un escritor después de haber asimilado hasta tal grado las *normas* y las *técnicas*, como para olvidarlas luego. Y el medio académico, como bien se sabe, valora poco el olvido. (Pág. 64).
3. Al tratar la *expresión* como simple empaque formal en el ensayo, o como una realidad adjetiva e independiente, se soslaya un aspecto esencial del conocimiento; esto es, que cualquier concepto se expresa como lenguaje, y no sólo por medio del lenguaje. Que el contenido es un efecto de la forma. (Pág. 64).
4. El asunto no se reduce al mejoramiento de la expresión, como creen algunos formalistas. El ajuste perfecto está dado entre el pensamiento y su expresión (estilo y razonamiento). Un buen aprendizaje consistirá en comprender que el manejo de las palabras corre simultáneo con la forma de razonar. (Pág. 65).
5. El medio académico tiende a privilegiar, por encima del aporte del individuo, el *pensamiento oficial*; es decir, aquello que posee un carácter indiscutible y un respaldo bibliográfico respetable. Debido a que lo propio del ensayo reside en la

"visión personal" del escritor, se puede deducir con facilidad que cuando esta forma de expresión no entra en abierta contradicción con lo académico, termina por subyugarse ante él, caso en el cual pierde su esencia. (Pág. 66).

6. Toda escritura es una escuela y es experimental. El ensayista reclama la equivocación como un derecho, por ser el método esencial de todo aprendizaje. El ensayista —valga la perogrullada— ensaya iniciativas, propone técnicas, prueba resultados. Y, por qué no, vuelve a descubrir y presentar como novedades cosas que ya eran muy viejas.



7. La confusión conceptual que rodea al ensayo, por ejemplo, la originan en buena medida quienes emplean esta palabra para intentar mejorar la apariencia de sus *análisis*, sus *opiniones* o sus *comentarios*... La palabra *ensayo* en la actualidad sirve para nombrar cualquier clase de escrito: si todo puede ser un ensayo, nada es un ensayo. (Pág. 68).
8. El ensayo no consiste, pues, en una forma espontánea de expresión. Su aparente informalidad encubre en realidad una compleja y bien tejida relación de saberes. De ahí que su es-

critura se sitúe en la fase más elevada del conocimiento. Se trata, en suma, de un género de madurez. (Pág. 69).

9. Mientras un buen ensayo posee un carácter libre, la mayoría de los trabajos académicos se escriben por encargo, con la manifiesta intención de cumplir un determinado objetivo: halagar la vanidad y los intereses del profesor. Prueba de ello es que buena parte de la producción intelectual universitaria permanece en las aulas de clase, en una suerte de autismo. (Pág. 71).
10. En un semestre nadie aprende a ser ensayista. Ni tampoco se puede estudiar de un tirón toda la *enciclopedia*. El único "método para ser fácil y rápido un ensayista", es siempre ser un mal ensayista.

JORGE H. CADAVID

Las primeras líneas de un libro infinito

Casa de las estrellas

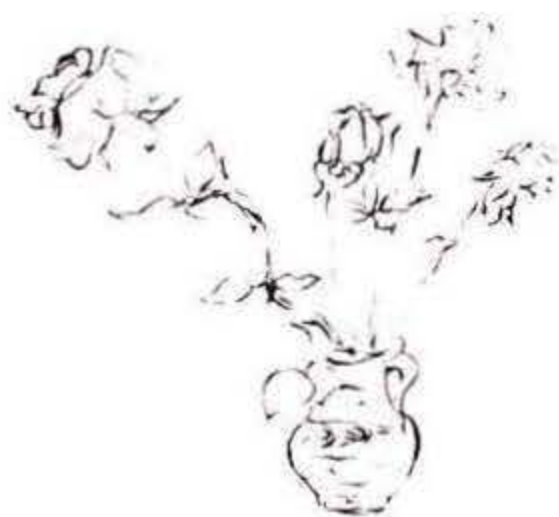
Javier Naranjo Moreno

Editorial Universidad de Antioquia,
Colección Arcoiris, Medellín, 1999,
112 págs., il.

En Medellín, el poeta Javier Naranjo ha escrito las primeras líneas de un libro infinito. Y es infinito, o puede ser infinito, porque podrá seguir escribiéndose por los siglos de los siglos, mientras haya niños en el mundo. Es infinito también porque podrá escribirse en todas las lenguas humanas. Se trata de una suerte de diccionario de las definiciones de distintas palabras que dan los niños; o, para decirlo con las palabras de la madre de quien escribe esta nota, es una summa de "las ocurrencias de los niños". Estas definiciones van desde lo absolutamente disparatado e hilarante, pasando por lo escabro-

soy terrible, hasta lo más gracil y lírico, como es el caso de la definición que da de *universo* Cados Gómez, de doce años, y que sirve de título al libro: "casa de las estrellas". Esta, más que definición, es alta poesía que nos recuerda a las *kenningar* de Islandia que en buena hora nos presentara don Jorge Luis Borges.

Se necesita estar alerta y tener el espíritu dispuesto para, con un simple juego de clase, lograr atrapar todas estas maravillas, y esto es lo que ha hecho Javier Naranjo en sus cursos con niños cuya edad nunca sobrepasa los doce años.



Entre las muchas miradas que pueden arrojarse sobre este libro está también, por supuesto, alguna de carácter sociológico. Miremos lo que nos dice Pepino Nates, de once años, sobre el *espíritu*: "Es lo que se necesita para sobrevivir en la violencia", y Nelson Ferney Ramírez, de siete años, nos dice que un *borracho* "es una gente más o menos que quiere matar", mientras que Luis Fernando Ocampo, de diez años, dice que un *mafioso* "es una persona con mucha plata y no le gusta nada", y Diego Alejandro Giraldo, de ocho años, dice que *Colombia* "es un partido de fútbol". Éstas son apenas unas de las muchas perlas que encontramos y que dan cuenta de manera pasmosa de cómo nuestros niños perciben el mundo en nuestra desolada patria, y lo que están haciendo de ellos los eufemísticamente llamados "actores del conflicto". Blanca Nidia Loaiza, de once años, nos dice que *guerrilla* "es un montón de policías".

Pero hay más. Miremos algunas del género *hilarante y disparatado*: *cuerpo* "es en lo que nos ponemos la

ropa", nos dice Camila Mejía, de siete años, y Ana María Jiménez, de seis años, nos define la palabra *niño* así: "tiene huesos, tiene ojos, tiene nariz, tiene boca, camina y come y no tomaron y se acuesta más temprano", y para Alexander Chalarca, *odio* "es algo que por ejemplo mi amigo tiene colombina y yo no". Éstas definiciones que nos provocan risa parecen sacadas de alguna obra del teatro del absurdo. "Todo comenzó y todo habrá de terminar con la risa de los niños", sentenció Rimbaud.

Veamos apenas una muestra de estas definiciones que son versos que envidiaría haber escrito cualquier poeta; por ejemplo, Laura Escobar, de seis años, nos dice que *Dios* "es el alma de nosotros, es como si fuera un viento", y Ana Cristina Henao, de ocho años, nos regala este endecasílabo sobrecogedor, al definirnos *oscuridad*: "Es como la frescura de la noche". Aunque podemos asegurar que Julio César Giraldo, de siete años, desconoce aquello de "que es urgencia de amor que no se cura, / sino es con la presencia y la figura", parece coincidir con san Juan de la Cruz, al definirnos *presencia*: "Una muchacha presintiendo amor". Para Walter de Jesús Arias, de diez años, "Dios hizo el tiempo para que pasen los años".

Pero no se trata de aguarles la fiesta a los lectores entregándoles la totalidad de este *diccionario*, al cual habrán de recurrir una y otra vez, como se vuelve siempre a un buen libro de versos; pues este bello libro es breve (ya decíamos arriba que son apenas las primeras líneas de un libro infinito), y la idea de esta nota es llamar la atención, no sólo para que tenga numerosos lectores, sino para que éstos, a su vez, se conviertan en los propios amanuenses de los niños.

Ya he exaltado las virtudes de este libro como texto. Me gustaría observarlo como objeto. No se explica uno por qué, cuando justamente las publicaciones de la Universidad de Antioquia parecían haber abandonado esa aridez y precariedad a la que están condenadas las publicaciones universitarias e institucionales, demostrando que la limitación de

recursos no es excusa para hacer ediciones de libros aburridos y pobres en cuanto a diseño por mera falta de imaginación, nos entreguen una obra como esta, dando un paso atrás en materia editorial. Habiendo visto y aplaudido la cantidad de títulos y la calidad de los libros publicados por esta universidad, en una labor que deberían imitar otras instituciones a las que con mayor razón les correspondería esta tarea, nos encontramos con la edición muy floja del libro *Casa de las estrellas* de Javier Naranjo: esa pastica blandita, esos colorcitos desvaídos ese formático, ese papelito que se transparenta, esa diagramacioncita, esas letricas en café y cafecito, francamente dejan mucho que desear y no le hacen honor a un texto que debería ser publicado con la misma delicadeza de su contenido. Estoy seguro de que con los mismos recursos, este mismo equipo habrá de tener la posibilidad de hacer una edición, ojalá ya aumentada, como se la merece *Casa de las estrellas*.

FERNANDO HERRERA
GÓMEZ

Del diablo Serafín y el ángel Barrabás

Serafín es un diablo

Triunfo Arciniegas

(ilustraciones de Gonzalo Rodríguez)

Editorial Panamericana, Bogotá, 1998, 109 págs.

La representación del diablo que surgió en el imaginario de los pueblos antiguos, y que pervive con mayor o menor fuerza en grupos sociales de diversas culturas de la actualidad, nos remite a la figura de un macho cabrío. A veces, se trata de una criatura zooantropomorfa, con cuerpo humano y cabeza y patas de animal. En otros momentos, se le ha concebido como una bestia en la que confluyen elementos que nos remiten a reinos